

Cada persona trae su destino: entrevista con la poeta

Consuelo Hernández

Clara Eugenia Ronderos/ Profesora jubilada

Nota del editor: La presente entrevista con la poeta colombiana Consuelo Hernández (Peñol, 1952), realizada por la escritora e investigadora Clara Eugenia Ronderos, tiene como objetivo principal ahondar en los hitos y transformaciones que han marcado el recorrido vital y creativo de Hernández. A través de un diálogo íntimo y reflexivo, Hernández comparte detalles de su infancia en el campo antioqueño, su migración a Medellín y luego a Venezuela y Estados Unidos, su desarrollo como poeta y académica, y la forma en que estas experiencias han permeado su obra poética. De este modo, la entrevista se constituye en un valioso documento para comprender la trayectoria de una de las voces más singulares y representativas de la poesía colombiana contemporánea.

Consuelo Hernández es una mirada inteligente, un cuello altivo, una cabellera de nieve. Es una belleza que emana de adentro. La conocí en la cuadrícula del zoom, como nos hemos acostumbrado a conocer a las personas estos últimos años. El encuentro fue en el marco de la tertulia de escritores de Mi Libro Hispano, que dirige el escritor colombiano Julio Garzón desde Miami, donde ni ella ni yo residimos. Fue cuestión de suerte encontrarnos allí.

Consuelo nació en el Peñol, Antioquia en 1952 y emigró a los Estados Unidos para hacer sus estudios doctorales en New York University. Echó raíces en este país y se convirtió en una académica y poeta internacionalmente reconocida. Conoció su poesía antes de nuestro encuentro. Recibí en un correo, anterior a la reunión por zoom, una muestra de cada uno de sus poemarios: *Voces de la soledad* (Caracas, 1982), *Solo de violín. Poemario para músicos y pintores* (Alexandria, Virginia, 1997); *Manual de peregrina* (Santiago de Chile, 2004); *Poemas de escombros y cenizas / Poems from Debris and Ashes* (Filadelfia, 2006); *Polifonía sobre rieles* (Madrid, 2011); *Mi reino sin orillas* (Madrid, 2016); *El tren de la muerte* (El Salvador, 2018) y *Wake of Chance / Estela del azar* (California, 2021). Sus poemas me llegaron como heraldos de un mundo nuevo. Quería conocerla, entrevistarla, saber todo sobre ella.

Nuestro primer encuentro fue apenas el comienzo de lo que convertimos en un ir y venir de palabras, hasta completar un esbozo de su vida, de su obra y de su forma de ver el mundo. Yo preparé un cuestionario completo, incluyendo todo lo que quería saber sobre su vida, sus pensamientos y su poesía. Sin embargo, nuestras conversaciones se fueron dando guiadas, pero no presas por estas preguntas.

CER. *Nos contaste en la tertulia sobre tu traslado del Peñol en Antioquia, a Medellín, para vivir con una tía que vino de los Estados Unidos. Me gustaría conjurar a esa niña que deja el campo y se encuentra de repente inscrita en un espacio urbano, que deja la escuelita rural en la que ya domina el material y las rutinas y se ve enfrentada al colegio de ciudad y nuevos conocimientos.*

CH: Sí. A los diez años, dejé la finca de El Peñol, Antioquia, donde nació. Un espacio maravilloso lleno de jardines, de cafetos, maíz, caña y árboles frutales. Dejé todo: mis padres y mi hermana, mis amistades, mi escuela rural donde asistí por cinco años sin lograr pasar de segundo elemental, pues sólo había primero y segundo. Atrás dejé también el destino que esperaba a cualquier niña del campo: casarse y ser madre. Mi transición a Medellín fue muy feliz, no sentí el trauma de la separación, pues en mi casa crecimos sabiendo que teníamos familiares en otras ciudades o pueblos del país y en el extranjero. Además, ya me habían llevado a conocer Medellín. De esos viajes recuerdo mucho nuestros paseos por el Bosque, un parque de diversiones, y el campo de aviación, como se llamaba antes el aeropuerto, donde íbamos a ver el aterrizaje y el despegue de aviones, y algunas veces a despedir a algún familiar que viajaba lejos.

Cuando llega mí tía de Estados Unidos y me propone vivir con ella y su familia en Medellín, y continuar estudiando, acepté sin ninguna duda ni tristeza, pues era algo que había soñado y ahora estaba a mi alcance. Al llegar a Medellín, me sentí muy bien, a pesar de que era un cambio radical en todo sentido. Ingresé a tercero de primaria y tomé conciencia de la responsabilidad que tenía, es decir, supe que lo que me sucediera de allí en adelante correría por mi propia cuenta y riesgo. Fui una estudiante excelente. Gracias a mi sed de aprender, mi innata capacidad de persistir en mis propósitos y la habilidad para concentrarme pude lograrlo sin mucho esfuerzo.

Rápido me adapté a la ciudad, aprendí a moverme en ella, a tomar el transporte público. En poco tiempo ingresé a la secundaria en otro colegio y paralelamente estudié francés. Luego fui a la Universidad y al graduarme me trasladé a Caracas.

CER: *Dijiste en la tertulia virtual, sobre ese traslado del Peñol en Antioquia a Medellín: “Cada persona trae su*

destino, y no importa donde naces o donde creces el destino es una fuerza poderosísima que no puedes detener. Cambiar el destino de una persona es como tratar de trancar el agua de una acequia con los dedos". Me intriga el efecto que tuvo en tu imaginario esa influencia extranjera, ese contacto cercano con un viajero que regresa y que quizás represente otros mundos o formas de vida. ¿Tiene esto algo que ver con tu alma de peregrina? ¿Con la acequia cuyo rumbo se vino abajo sin que nada pudiera detenerla?

CH. ¡Qué linda pregunta! La verdad, es que desde niña sentía que mi mundo no cabía en el campo, en la finca y el pueblo donde vivíamos... Yo soñaba con viajes, con mundos extraños, con gente de otras partes. Cuando pasaban los aviones, me quedaba mirándolos y escuchando el eco que dejaban, hasta que se diluía en el silencio. En mi inconciencia, tenía la fantasía de que algún día se cayeran en nuestra finca para conocer a esas personas que viajaban en ellos y todo lo que llevaban en su equipaje... Por otra parte, es muy cierto lo que dices. En mi familia siempre hubo viajeras que por temporadas regresaban a la finca con historias nuevas y con maletas llenas de regalos.... Desde niña yo presentí algo. Mi mamá recordaba que a los ocho años, todavía viviendo en la finca, le decía: Figúrate madre que cuando yo sea grande voy a viajar por países desconocidos y tú tienes que quedarte aquí. Ahora piensa qué quieres que te traiga cuando vuelva. Allí donde yo voy hay unos ríos que están repletos de una mies de oro. Resumiendo, te puedo decir que nací en una familia en la que encontré externamente, como en un espejo, algo que posiblemente yo traía adentro y que era necesario para mi misión o mi razón de vida.

CER: *¿Cómo fue que decidiste irte a Venezuela luego de terminar tus estudios de pregrado en Medellín? ¿Qué conexiones o azares te llevaron a ese país hermano en lugar de ir directo a los Estados Unidos, por ejemplo?*

CH. Voy a tratar de resumirlo para ti, porque es otra historia compleja. En Medellín estudié francés hasta obtener el Diploma de la Sorbona de Lengua y Civilización Francesa. Por ello soñé con vivir en París, pero en Medellín, cuando tenía dieciséis o diecisiete años, conocí un grupo de gente joven, estudiantes como yo que pertenecían a una organización afiliada a la UNESCO, con sede en Venezuela. Y me adherí a ellos. En esta organización, que tenía Ashrams o colonias de perfeccionamiento espiritual, practicamos yoga, el naturismo, la alimentación vegetariana, estudiamos astrología y estábamos convencidos de que cambiaríamos el mundo con sabiduría, amor y paz. Este fue uno de los grupos inaugurales de los años sesenta, cuando surge también el hipismo y las revoluciones sociales de ese tiempo tan maravilloso. Por esa razón me fui a Caracas a vivir en un Ashram, a donde ya había estado temporalmente en tres ocasiones. En mi ingenuidad juvenil quería alcanzar la perfección, la iluminación. Pero aterricé muy pronto en el desencanto y con fuerza incontenible sentí

que debía seguir estudiando. Ingresé a la Maestría en Literatura Latinoamericana, cuyo director y fundador era Guillermo Sucre; muy reconocido ya en ese tiempo por su excepcional obra de crítica poética titulada *La máscara, la transparencia*. Al concluir los cursos, faltándome la tesis, conseguí trabajo como profesora universitaria y allí me quedé por nueve años. Superada esta experiencia necesitaba otro desafío. Así empezó mi búsqueda para hacer un doctorado en una época en que no había programas de doctorado en Latinoamérica. Y el azar, como me ha pasado muchas veces, fue ordenando las fichas para mi próximo paso.

CER: *En Venezuela publicaste tu primer libro. Dijiste recientemente "la poesía anda suelta por el mundo y está allí para quien quiera atraparla". ¿Recuerdas como empezaste a "atrapar" la poesía? ¿Qué te motivó esos primeros poemas y ese primer libro?*

CH. Gracias por esa pregunta, Clara Eugenia. Me estás haciendo pasear por mi infancia. Yo entré en contacto con la poesía por mi madre que era una lectora de poesía, de cancioneros y de novelas. Además, sabía muchas adivinanzas y poemitas para niños, todos ellos plenos de musicalidad y del poder encantatorio de la rima. Los primeros poemas yo los aprendí de ella y se los hacía repetir hasta el cansancio. Ya estando en Medellín, a los once años murió mi abuelita, y por el dolor de esa enorme pérdida, escribí mi primer poema. Era muy largo, nadie lo conservó y yo tampoco. Recuerdo dos estrofas:

*Tú lanzaste desde la tierra un vuelo
para ir a gozar allá en el cielo
nosotros aún con dolor profundo
seguiremos sufriendo en este mundo.*

*Recuerdas de la finca aquellos naranjales
donde las últimas caricias nos dimos
con el calor de afectos maternos
que por siempre jamás ya no sentimos.*

CER: *Qué bien que lo recuerdes, es un fragmento muy sentido. Sigue por favor.*

Mi interés por descifrar el mundo era tanto que en secundaria pensé que tal vez me orientaría por la filosofía. Bueno, lo que quiero decir es que yo empecé a registrar en palabras lo que me atropellaba internamente, lo que me ahogaba y me dejaba confundida como el sueño, la muerte, la vida, el amor. Luego en Caracas, ya con la formación que iba adquiriendo en la maestría, mientras me nutría con las lecturas, empecé a poner también en palabras mis visiones, esos momentos en que la realidad se revela con una intensidad excepcional, con una luminosidad extraordinaria. Así surgió mi primer poemario que se titula *Voces de la soledad*. Y fue también en Caracas donde empecé a publicar mis trabajos de crítica en *El*

Nacional, en su sección titulada *El Papel Literario*. Hasta el día de hoy esporádicamente colaboro con ellos.

CER: Dices que “*el que tiene verdadera vocación por la poesía está constantemente en contacto con mundos invisibles*”. Te propongo que esos mundos invisibles, surgen sin embargo de la relación dialéctica con los mundos visibles y tu encuentro con ellos. Háblame de esos encuentros.

CH: Claro que sí. Estamos de acuerdo tú y yo. El contacto con realidades invisibles se da con los pies en la tierra, y en comunicación con la realidad del mundo concreto en que nos movemos, tal como lo propones. De lo contrario el poema sería producto de la fantasía que es la piedra angular de los locos, o sería una química de palabras donde el sentido se escapa. Los poemas no son sólo creación a partir de la experiencia sedimentada de la autora; tampoco son sólo el resultado del ingreso a lo invisible, tan real como lo visible... Lo que queda en el poema pasa por el tamiz de la relación entre el autor y su mundo exterior, y el sedimento de las experiencias vividas y lo sensorial sirven de soporte. De allí que el poema haga visible lo invisible mediante los recursos de la imagen, la musicalidad y el lenguaje poético, espeso, cargado de sentido, connotado y polisémico. Y claro, es muy importante que el mundo pueda hallar sentido en el poema.

CER: Cuéntame sobre la transición entre Venezuela y los Estados Unidos, ¿fue directa? ¿Hubo un regreso provisional a Colombia? ¿Por qué esa universidad y esa ciudad? ¿Cómo comparas el ser extranjera en Venezuela y la nueva forma de extrañeza cuando llegas a los Estados Unidos? ¿Cómo era, por ejemplo, tu dominio del inglés en ese tiempo? ¿Cómo afectaron estos cambios visibles a tu poesía?

CH: Me encanta esta pregunta porque me obliga a hablarte de dos ciudades que amo. La transición de Venezuela a Estados Unidos fue directa: Caracas - Nueva York. Después de salir de Colombia, sólo he regresado a visitar a mi familia y a participar en algunos eventos poéticos o académicos. A vivir allí no volví. La Venezuela en la que yo habité (1977-1986) es un país que amo con el alma, un país maravilloso que fue decisivo en mi formación y en el desarrollo de mi vocación. Me convertí en otra caraqueña, quiero decir me asimilé culturalmente. Venezuela era el país más democrático que he conocido, e inmensamente rico, donde era normal para cualquier profesional viajar a Europa y Estados Unidos, no sólo de turismo, sino a estudiar posgrados con becas del gobierno. Yo misma había venido tres veces a Estados Unidos antes de trasladarme a estudiar. Te digo esto para explicar cómo Venezuela me preparó para mi llegada a Nueva York. Caracas era una ciudad cosmopolita, por todos los inmigrantes de países latinoamericanos, de Colombia por la vecindad, pero también del Cono Sur y de todos los países donde había dictaduras y gobiernos represivos como Nicaragua, en ese tiempo bajo

Somoza. Además, había inmigrantes del medio Oriente, y de Europa: italianos, portugueses, españoles, incluso chinos e indios. Era una ciudad de sueños donde todo estaba al alcance. Estando allí empecé a maquinarme cómo hacer un doctorado, y Estados Unidos era mi mejor opción. Hice, entonces, un viaje para visitar universidades en Nueva York y conocer los requisitos para un doctorado. Envié solicitudes a cuatro Universidades. Me aceptaron todas, pero solo dos me concedieron una beca y, puesta a elegir, me decidí por New York University, una universidad privada de excelente nivel académico y en el corazón de una ciudad mágica.

Ahora, pasando a la segunda parte de tu pregunta, te digo que a Nueva York llegué con muchas más certezas y más seguridad que las que me acompañaban cuando me trasladé a Caracas. Llegué becada, con un trabajo como instructora en la misma universidad y, guardadas las proporciones, había una similitud entre Nueva York y la Caracas de aquel tiempo, en su diversidad étnica y lingüística, en la oferta culinaria, artística y musical, y también en el ruido y el tráfico infernal que las caracteriza. Y ambas eran ciudades donde todo te podía acontecer. Como me considero una persona adaptable, me sentí cómoda desde el primer momento. Ya contaba con algunas amistades desde antes y luego encontré más amigos, amigas de diferentes países y culturas que ingresaron a mi vida. En cuanto a la lengua, ya tenía un manejo del inglés suficiente para funcionar y relacionarme, pues había estudiado inglés en mi licenciatura en Medellín.

Mi vida en Nueva York por supuesto afectó mi escritura. Una vez que has vivido en Nueva York por tantos años, en una época tan importante de la vida, nunca más te recuperas. Y aunque mi vocación siguió intacta, vivir allí me abrió otro abanico temático que contribuyó a definir mi voz. Mi segundo poemario *Solo de violín* lo escribí en su mayor parte en Nueva York, inspirada en la música y la pintura. El título del poemario surgió de un poema que concebí mientras escuchaba *La sonata solo de violín* de Bela Bartok, interpretada por el joven violinista Eric Grossman. Otros poemas están basados en óperas, u otras piezas musicales, pues asistía regularmente a conciertos de música clásica en el Lincoln Center y Carnegie Hall y a clubes de Jazz inescapables en esa ciudad. Así nacieron poemas como “Noche de Jazz,” “Los músicos del Jazz”. A partir de mi experiencia de las calles escribí “Navidad en Nueva York” y “La tercera Avenida”, éste desde la ventana del apartamento donde viví varios años en el Upper East Side. Hay también una sección del libro concebida en los museos, como el Metropolitano, el MOMA, el Whitney y el Guggenheim. Como ves, el mundo sensorial en que vivo está allí dándole tonalidad, forma, sabor y color a lo que capto y pongo en palabras cuando me siento como anfibio entre dos mundos.

CER: Hablaste en la tertulia de las dos Consuelos, la que vive su cotidianidad, y trabaja, y esa voz que se desdobra en

la poesía, que describiste así: “la otra voz, esa sombra, esa otredad, la que está trabajando y tú eres como el empleado de ella, escribiendo y la tienes que seguir, y la sigues hasta que para. De pronto esa voz también se va, descansa, y tú te quedas con el texto”. Háblame de la voz que te llama a la poesía y toma posesión de ti cuando escribes. ¿Cómo describirías a esa voz poética, cuáles son sus prioridades, sus obsesiones, sus preguntas ante la vida?

CH: Clara Eugenia, ¿yo dije eso? Me gusta. Te voy a responder. Mira, te diré que no hay ningún misterio. El universo imaginado es parte de algo que no existe en el plano sensorial, pero es tan real como este. Tengo que desmitificar el momento en que se encuentra la inspiración porque la poesía siempre está allí, y es algo que le ocurre a todo el mundo en algunos instantes de la vida, pero sólo el poeta, el músico o el artista dejan un testimonio de ese encuentro. Cuando somos niñas hablamos poéticamente y creamos mundos y amigos invisibles absolutamente reales en nuestra mente de niñas... pero rápidamente nos dejamos robar ese contacto directo con la imaginación, a menos que la vocación creativa sea suficientemente fuerte. En realidad, el poema se nutre del subconsciente que se manifiesta apoyado en nuestra experiencia consciente. El sujeto lírico es esa otredad que llevamos dentro, sobre la cual hablan muchos poetas. Esa otra voz nos hace sentir incompletas y nostálgicas de un estado donde la plenitud y la unidad del origen parecieran abordables. Hace años escribí un ensayo sobre la metáfora como una imagen del abrazo amoroso, donde traté de mostrar que lo que sucede en el abrazo amoroso, en esos segundos en que experimentamos esa sensación de completamiento, sucede también en la imagen poética, donde por unos segundos se logra la fusión de contrarios. En cuanto a las prioridades: la única prioridad de la voz poética es poder expresar en libertad la máxima verdad y belleza de ese momento en que ha sido tocada. Las obsesiones poéticas están muy cerca de las obsesiones de la autora y ligadas a su mundo concreto y a las preguntas ante la vida eternamente presentes: quién soy, de dónde vengo, a dónde voy y por qué estoy aquí. Tengo una naturaleza creativa que se expresa dónde esté: en mis clases, en la crítica, en el amor, en el erotismo, en la cocina, con mi mascota, en mi jardín-huerto, en las maneras de gozar mi tiempo libre y por supuesto en el poema. Detesto las tareas repetitivas y no soporto lo que me limite mi expresión o me encierre en una vida doméstica y rutinaria.

CER: ¿Cómo te sientas ante los textos que has producido?

CH: Bueno te diré que de un lado amo lo que escribo, no reniego de nada de lo escrito y cuando por alguna circunstancia releo mis poemas, me siguen pareciendo válidos. Tengo algunas certezas de esta capacidad en mí, pero igualmente me acosan mis propias incertidumbres y carencias. Una suerte de insatisfacción manifiesta en esa búsqueda constante por lograr una expresión más total, más cabal, una necesidad grande de

corporizarme y concretar. Por eso escribo, a partir de la curva de vida rica en oportunidades y experiencias, sobre campos muy diversos.

CER: ¿Cómo enfrentas la fama, el mundo editorial y sus dificultades, y al público lector?

¿La fama? Nunca he escrito para ser famosa sino para buscarme en esa otredad donde está toda la sabiduría sin limitaciones. La poesía no es para alcanzar éxito, es más bien una rueda que le da impulso a tu vida, que la echa a andar y te va perfeccionando. Es cierto que he recibido con mucha gratitud reconocimiento de personas, de instituciones de distintos países y de muchos otros que ni siquiera conozco personalmente, pero no creo que sea famosa. Si la fama llega se debe lidiar con ella con mucha objetividad, como dijo Rudyard Kipling “Si el triunfo y el desastre no te imponen su ley / y los tratas lo mismo como a dos impostores...” Quien escriba por la fama nunca será un verdadero poeta. La fama si bien da la gran satisfacción de ampliar tu eco en otras personas, también condiciona la relativa libertad que tanto amo. El mundo editorial ya sabemos que obedece a reglas del mercado, a simpatías, y en algunos casos a tráfico de favores e influencias. Por mucho tiempo estuvo monopolizado, pero ahora con las facilidades de la tecnología, y la proliferación de editoriales independientes es cada vez más fácil publicar. De cada autor depende cómo y dónde hacerlo. Para mí, cada vez que termino un poemario, es una agonía y un trabajo encontrar editorial. Con algunas he tenido suerte sin comprometer mi integridad, ni la calidad del trabajo, pero cada libro es un proceso... En cuanto al lector profundo, es cada vez más raro y remoto en este tiempo. Quizás sí hay más lectores, y aparentemente se lee más, pero no son siempre lecturas orgánicas, son lectores livianos, de lecturas rápidas. Hay personas que al leer alguno de mis libros han hecho algunos comentarios muy lúcidos, pero un trabajo total sobre lo que llevo escrito hasta el momento nadie lo ha hecho. Vivimos un mundo de luchas por sobrevivir, de la inmediatez, de satisfacción al instante,... y por ello las lecturas son fragmentarias, superficiales, lejos del estudio de una obra en la totalidad que demanda mucho tiempo.

CER: Coincido contigo en mucho de lo que expresas aquí. Espero que esta entrevista atraiga a un lector o lectora de profundidad para que descubra esta obra maravillosa que es tu trabajo. Ahora vamos a un tema muy diferente. Descozco por completo tu vida privada, cuéntame lo que consideres relevante sobre la Consuelo que vive en Washington. Dijiste que viajabas sola y que eso te permitía tomar el tiempo para tu poesía y tu forma particular de relacionarte con lo que encontrabas en tu camino. ¿Cómo buscas “la soledad y el silencio” necesarios para tu escritura?

CH: Maravillosa pregunta, un día me voy a sentar contigo a hablar de todo esto. Por ahora te diré que vine a Estados

Unidos en 1986, desde entonces vivo aquí, aunque he tenido temporadas en España, en Suiza; y antes de venir aquí, en el Perú y en Puerto Rico también. Actualmente vivo en Washington con mi esposo. Es mi segundo matrimonio. Nunca quise tener hijos y lo tuve claro desde niña, tampoco me quería casar. Antes de volver a casarme pasé muchos años soltera. Durante ese tiempo, cada vez que tenía la oportunidad, viajaba. Sin mirar colocaba mis dedos en un mapamundi y donde cayera allí iba. Así el azar me llevó a Turquía, Palestina e Israel, Egipto, la India y muchos otros lugares. Cada vacación del trabajo aproveché para salir y conocer. De América Latina conozco todos los países con excepción de dos o tres.

El silencio y la soledad son condiciones indispensables para la escritura. Dice el premio Nobel Jon Fosse que “Es en el silencio que Dios se manifiesta”. Y, aunque puedo escribir en cualquier parte, tengo una oficina con mi biblioteca que es mi refugio de todas las tormentas. Y si estoy fuera o de viaje y el poema se impone, generalmente encuentro un tiempo para atraparlo, otras veces se escapa y para siempre.

CER: Cada poemario tuyo recoge un momento histórico, una relación con el mundo, un estado emocional, una crítica social. ¿Con cuál de ellos te identificas más?

Sí, es cierto lo que dices, tienes una idea muy clara y completa de lo que he escrito. A mí todos mis poemarios me gustan. Cada uno de mis libros fue escrito con el alma de ese momento, como bien dices, cada uno respondió a una situación mía existencial por donde se cuele también el mundo colectivo en el que vivo. Son una radiografía de mi vida y de mi propio moverme en el mundo. Por ejemplo, *Voces de la soledad* es un poemario de búsqueda existencial, cuando estaba inundada de preguntas, en el caos, sin un foco de claridad y escribir me servía para captar un orden. Paralelamente escribía artículos de crítica literaria, y un diario que está inédito. *Solo de violín. Poemario para músicos y pintores* es el resultado del encuentro de mí misma en la música y las artes plásticas. Ambas tienen el poder de desencadenar en mí el acto poético. *Manual de peregrina* es el registro de mi experiencia del viaje, e incluye sólo algunos de los espacios que he visitado, los que me suscitaban la necesidad de escribir. *Poemas de escombros y cenizas*. fue una urgencia vital de lanzar un grito, de dar la voz de alarma ante la destrucción que se instalaba con el 9/11, y también recoge algunos poemas relacionados con los desastres naturales. *Mi reino sin orillas* se compone

de poemas escritos durante la época en que estuve sanándome de un cáncer. Fue una época de reevaluar, de recordar, de agradecer y de darme cuenta cuán cerca está la muerte en cada instante. Escribir era un alivio y me dejaba más liviana. *Polifonía sobre rieles* está emparentado con mi poemario de viajes. Se limita a algunos de los viajes en tren y fue con éste que obtuve el premio Antonio Machado de Poesía. Allí está “El tren de la muerte,” un poema muy triste sobre el viaje que hacen los inmigrantes indocumentados en “La bestia” desde México a Estados Unidos. Este poema me ha dado muchas alegrías por sus repercusiones. Lo han grabado en España para un canal de YouTube ilustrado con un video; lo publicaron en *Ojarasca*, suplemento del diario *La Jornada* en ciudad de México, fue incluido en una antología de poetas latinoamericanos en Estados Unidos, y lo grabé para la Biblioteca del Congreso. Además, le dio título al opúsculo *El tren de la muerte*, publicado en El Salvador para conmemorar la vida de Monseñor Romero que también incluye el poema. *Estela del azar/ Wake of Chance*, mi más reciente poemario, lo había gestado mucho antes de la pandemia, y me lo publicaron aquí en Estados Unidos; por motivos que la razón no explica, el poemario resonó con ese difícil momento. Es un poemario bilingüe, que contiene poemas que expresan y recogen mi sentir y mis preocupaciones sobre los tiempos cruciales que atravesamos y que, además, cuestiona y devela, condena y rechaza; así mismo muestra amor, esperanza, solidaridad y compasión.

CER: Gracias a ti, Consuelo, por explorar conmigo tantas facetas de tu vida, como viajera, poeta y mujer en el mundo. También fue maravilloso oír más sobre tu obra y cómo se fueron gestando muchos de tus poemas.

Así terminó mi conversación con la poeta Consuelo Hernández, quien además de poeta es profesora asociada emérita en la American University, en Washington DC y publicó, entre otros trabajos académicos, el libro *Álvaro Mutis, la estética del deterioro*, dedicado a la poesía de Álvaro Mutis. Me queda mucho por aprender de ella y toda su obra por leer o releer. Invito a los lectores académicos a descubrir a esta poeta colombiana e incluirla en sus proyectos de investigación o sus clases. A los demás lectores y lectoras de esta entrevista los convido al placer de perderse y encontrarse de nuevo en esos poemas profundos, capaces de llegar al meollo del mundo desde la metáfora y la reflexión.